

OCTAVIO PAZ: ENTRE EL AMOR Y EL EROTISMO

Por: Héctor Ceballos Garibay

Al comienzo de su ensayo, *La llama doble* (Seix Barral, México, 1994), Octavio Paz nos regala una emotiva reflexión sobre la identidad entre la poesía y el erotismo. Ambos constituyen, nos dice el poeta, creaciones culturales, transfiguraciones humanas que se expresan a través de las invenciones y metáforas del lenguaje en el primer caso, o mediante el deseo, el cortejo y la ceremonia en el segundo. Los elementos identificatorios que alimentan tanto a la poesía como al erotismo no podían ser otros que los sentidos y la imaginación.

A lo largo de su texto y haciendo sabias referencias a las obras clásicas y modernas sobre el tema, Paz nos ofrece una necesaria y clarividente distinción entre los conceptos de sexualidad, erotismo y amor. El sexo entre los humanos, aduce el poeta, está circunscrito a un deseo libidinal esencialmente supeditado a la reproducción biológica de la especie. A diferencia del instinto de los animales, la sexualidad humana es una pulsión permanente que no se encuentra sometida a ciclos o periodos de reposo determinados por la naturaleza.

El erotismo, en cambio, presupone una “sexualidad socializada y transfigurada por la imaginación y la voluntad del hombre”, cuyo elemento distintivo es el placer concebido como un fin en sí mismo. Así pues, mientras que la sexualidad aparece siempre uniforme e invariable, el erotismo, por el contrario, conforma una experiencia polimorfa y cambiante que se manifiesta en un vasto y complejo universo de “objetos del deseo”, tan rico y diverso como lo sea la propia capacidad inventiva del sujeto deseante. Los polos de atracción, ciertamente, pueden ser reales o ficticios, cosas o personas, efímeros o sempiternos.

El amor, por su parte, es un sentimiento intenso en el cual convergen al mismo tiempo la seducción fatal y la libre elección. En el caso de la pasión amorosa, el

erotismo, en tanto que componente primigenio y nutricio del amor, se concentra y decanta en esa tríada enigmática que es la atracción-obsesión-devoción suscitada por una sola persona: él o ella.

Quizá sea la predilección que siente el poeta por las paradojas y ambigüedades de la vida, el factor explicativo del único punto débil de su libro. Nos referimos al planteamiento de que para restringir y controlar (a través de normas, tabúes, etcétera) el sexo humano, “los hombres han inventado un pararrayos: el erotismo”, el cual “defiende a la sociedad de los asaltos de la sexualidad”.

En forma ligera, Paz le otorga al erotismo la función social de imponer conductas religiosas, éticas y sociales, mismas que más bien son el resultado de lo que Freud concibe como el superyó de los individuos, y el cual es un subproducto de la ideología y la moral sociales puestas al servicio de la normatividad institucional. Asimismo, desde la perspectiva freudiana ortodoxa que sitúa en un extremo a eros y en el otro a tánatos, resulta problemático suponer que el erotismo es la manifestación de una ambigüedad, convergencia de represión y licencia, de sublimación y perversión, “dador de vida y muerte”. El argumento del bardo mexicano nos parece contradictorio dado que su propio texto documenta ampliamente que tanto el erotismo como el amor no han sido las causas, sino más bien las víctimas de la coacción y la censura generadas por las instituciones disciplinarias.

El sentimiento amoroso, tal como puede corroborarse en infinidad de poemas, leyendas y cuentos presentes en todas las culturas, ha existido siempre y es consustancial a la sociedad humana. En cambio, el concepto de amor depende de circunstancias históricas muy concretas y su génesis ocurrió, según el célebre libro de Rougemont, en Provenza, Francia, durante los siglos XI y XII.

Debe precisarse, igualmente, que mientras que en las culturas orientales el amor está ligado al espíritu religioso y sagrado, en el Occidente, por el contrario, emerge como transgresión de los códigos institucionales, como un sentimiento autónomo y secularizado que transforma el “objeto erótico” en un sujeto libre y único.

A semejanza de André Breton, nuestro autor concibe al amor como una “misteriosa inclinación pasional hacia una sola persona, el otro o la otra, del mismo o diferente sexo, que tiene la libertad de decir sí o no”. Se trata, pues, de una relación sustentada en la libre elección de los amantes y no en el compromiso civil o religioso.

Dos preguntas surgen a la luz de este planteamiento: 1) ¿Si el amor presupone la exclusividad, querer y desear a una sola persona, qué sucede entonces cuando se presenta el triángulo amoroso?; y 2) ¿Puede subsistir a largo plazo una relación amorosa basada en la voluntad y la libertad de los amantes, enfrentados a realidades adversas como el cansancio que produce la rutina, la deserotización que conlleva la ausencia de misterios y sorpresas, el distanciamiento de la pareja producto de los cambios y diferencias conductuales que brotan con el paso del tiempo, y el hecho de que el espíritu humano se caracteriza por la avidez de nuevas experiencias, aventuras y conquistas?

La respuesta de Paz al primer interrogante es contundente: el amor a dos o más personas sólo acontece ocasionalmente y en forma transitoria, más temprano que tarde, el enamorado o la enamorada tienen que decidir quién es finalmente ese ser único con el cual pueden realizar el “deseo de completud”. Respecto a la segunda pregunta, el poeta mexicano no acepta que el amor sea efímero, y le apuesta a una relación duradera e imaginativa que día con día abreve en la fuente de la mutua solidaridad, de las vivencias y recuerdos compartidos, y de los afectos y responsabilidades (hijos, amistades, patrimonio) contraídos de común acuerdo.

¿Es el amor a una sola persona, manifestado con fidelidad y ánimo de renovación, una quimera? En franca contraposición a los hábitos prevalecientes en el mundo contemporáneo, tan aquejado por el individualismo egoísta, la fetichización y comercialización de la sexualidad, y la banalización del erotismo y el amor, Octavio Paz considera que el amor apasionado y permanente, solidario y exclusivo sí existe, aunque sean pocos, muy pocos los casos de parejas que, más allá de las convenciones sociales, el miedo a la soledad y los intereses pragmáticos, permanezcan en virtuosa comunión y puedan servirnos como ejemplos ilustrativos del *amor realizado*.

No obstante el intenso optimismo de su apuesta, Paz reconoce que debido a los vaivenes de la fortuna, al acoso de las enfermedades y a la fatalidad de la muerte (que separa a los amantes), “todo amor es trágico, incluso el más feliz”. Afortunado o desdichado, es indudable que el sentimiento amoroso constituye un privilegio de unos cuantos, una experiencia misteriosa que depende del azar y el deseo, de la libre voluntad y la atracción mutua; se trata de una convivencia lúdica y placentera que debe ser cultivada con imaginación y delectación, con pasión y sabiduría, siempre de cara a sus múltiples desafíos y adversidades.

No sabemos si Octavio Paz formó parte de los seres privilegiados que alcanzaron la “vivencia pura” emanada del *amor realizado*. Lo que sí, como lectores, advertimos en este libro y en el conjunto de su obra es la relación erótico-amorosa (esa “llama doble”) que en forma viva, fiel y permanente mantuvo con el conocimiento y la literatura.